

Fundamentación Conceptual De Una Semiótica De La Cultura a Partir Del Proyecto Teórico De I. M. Lotman *

Dr. Jorge Brower Beltramin

Doctor en Estudios Americanos con mención en Pensamiento y Cultura (USACH)

jbrower@usach.cl

Resumen: El presente artículo tiene como objetivo exponer el proyecto teórico propuesto por I.M. Lotman para poder articular una semiótica de la cultura capaz de dar cuenta de objetos de estudio diversos que se expresan como sistemas sémicos complejos. En tal sentido incluimos los aportes de Lotman respecto a las condiciones y cualidades estructurales de dichos sistemas así como las condicionantes contextuales que deben incorporarse para enriquecer las aproximaciones analíticas de naturaleza semiótica.

Por otro lado, se vincula aquí el proyecto de Lotman, con los aportes más relevantes del paradigma constructivista, reforzando la postura epistemológica de base a partir de la cual deben ser comprendidos los procesos semióticos en estudio.

Palabras clave: Semiótica, Cultura, Epistemología, Constructivismo

Abstract: The objective of this review is to expose the theoretical project proposed by I.M. Lotman of being able to articulate a semiotic of the culture to give account of diverse objects of study that are expressed like complex sign systems. In such sense we included the contribution of Lotman related to the contextual conditions and structural qualities of these systems as well as conditioners that must be gotten up to enrich the analytical approaches of semiotic nature. On the other hand, the project of Lotman ties here, with the most excellent contributions of the constructivist paradigm, reinforcing the epistemology position of base from which the semiotics processes in study must be included/understood.

Keywords: Semiotic, Culture, Epistemology, Constructivism

* El presente artículo es parte del marco teórico desarrollado en el proyecto de investigación N° 030773BB titulado Propuesta de Una Semiótica de la Cultura como dispositivo teórico-metodológico para el análisis de publicidad alternativa y su vinculación a expresiones de identidad local, financiado por la Vicerrectoría de Investigación y Desarrollo, a través del Departamento de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (DICYT) de la Universidad de Santiago de Chile, en el período académico 2007-2008.

1. Indicaciones Básicas sobre el Recorrido Temático

La base conceptual desde la cual formulamos una teorización semiótica para la comprensión de la cultura, tiene como referencia inmediata los trabajos de I.M. Lotman¹. A nuestro juicio, las investigaciones de este semiólogo ruso dan cuenta de los principios básicos que permiten concebir la cultura como producción semiótica en la que se reconcilian las visiones estructuralista y pragmática, permitiendo así comprender la generación de las diversas dinámicas culturales entendidas como modalidades de semiosis que dan sentido a las estructuras sociales incluyendo los diversos niveles de su densidad simbólica.

Nuestra formulación de una semiótica de la cultura se establece, de este modo, a partir de los aportes obtenidos en las investigaciones de Lotman, mediante las cuales se configura una Teoría General de los Signos Culturales, articulada desde aportes epistemológicos que incluyen al Estructuralismo y el Pragmatismo, lo que se traduce en el establecimiento de la distinción -estructura/contexto- como el eje en torno al cual giran todos los planteamientos conceptuales de la semiótica general lotmaniana de la cultura.

Por otro lado, la proposición de una semiótica de la cultura específica se inscribe dentro de la comprensión más amplia del conocimiento desarrollada por el Constructivismo. Este discurso epistemológico explica y otorga coherencia a todo el diseño teórico y analítico sobre el cual se desarrolla nuestra propuesta. Dicha explicación profunda, entendida en el contexto científico actual, constituye un paradigma que concibe la producción de conocimiento, en cualquier área del saber, como la activación de las capacidades del sujeto que conoce, a través de sus competencias biológicas y culturales.

2. La Arquitectura Teórico-Conceptual de Lotman como Soporte de La Semiótica de La Cultura

Para iniciar el recorrido conceptual señalado, revisaremos los postulados de Lotman, con el objetivo de afianzar nuestra propuesta semiótica de la cultura.

En el contexto de los aportes del Estructuralismo lingüístico y el Pragmatismo americano, los sistemas signícos contenedores de una cultura se sitúan en la historia y en la sociedad. En tal sentido, estos sistemas, expuestos como formas discursivas, se comunican

¹ Iuri M. Lotman es considerado el fundador de la Escuela de Tartu-Moscú. Desde los años 60 hasta su muerte en los 90 trabajó una amplia gama de sistemas simbólicos complejos de la cultura rusa y europea desde una perspectiva estructuralista, pragmática y en los últimos tiempos, influenciada por la Teoría del Caos y el Pensamiento Complejo para comprender las diversas dinámicas culturales. Cf. J.Lozano "Introducción a Lotman y la Escuela de Tartu", in I.Lotman y la Escuela de Tartu, *Semiótica de la Cultura*, Madrid, Cátedra, 1980.

entre ellos, a través de agentes interpretativos que los producen e intercambian. Para comprender este proceso, clave en la formación de las culturas y el contacto entre ellas, Lotman recurre al concepto de diálogo, contribución del teórico ruso M. Bajtin². Este concepto resulta ser un excelente puente teórico para comprender las unidades semióticas estructurales desde una perspectiva que las vincula con otras unidades de sentido en un contexto específico de producción y condicionamiento. Para Bajtin, todo discurso-enunciado está lleno de dialogismo, no sólo por el hecho de que se transmita de un emisor a un receptor concreto, sino que en su estructura interna, mediante las influencias intertextuales que otros discursos ejercen sobre la producción de los mensajes. Al respecto, el teórico ruso señala que los “enunciados no son indiferentes uno a otro ni son autosuficientes, sino que ‘saben’ uno del otro y se reflejan mutuamente. Estos reflejos recíprocos son los que determinan el carácter del enunciado. Cada enunciado está lleno de ecos y reflejos de otros enunciados con los cuales se relaciona por la comunidad de esfera de la comunicación discursiva.” (Bajtin 1982: 282).

A través de esta definición de diálogo intertextual, Bajtin entrega una clave vital a la formulación semiótica de Lotman respecto a la conformación de la cultura. Se trata, a partir de Bajtin, de contenidos estructurados que se validan mediante un proceso dialógico continuo. La expresión de las culturas puede ser comprendida desde la lectura realizada por Lotman sobre el concepto de diálogo bajtiniano como la interacción de un conjunto de sistemas semióticos particulares. Este proceso interactivo, que también podría denominarse dimensión comunicativa en la que se disponen los sistemas semióticos, es un elemento central en torno al cual se desarrollan las sociedades humanas y los correspondientes contenidos culturales que les dan un *velos* específico. Los investigadores de la Escuela de Tartu dirigidos por Lotman, resumen este planteamiento señalando que para “el funcionamiento de la cultura y, correspondientemente, para justificar la necesidad de una aplicación de métodos complejos en el estudio de la cultura, tiene fundamental importancia el hecho de que un único sistema semiótico aislado, aunque esté perfectamente organizado, no puede constituir una cultura: para este fin, el mecanismo mínimo necesario está constituido por una *pareja* de sistemas semióticos interdependientes.” (Segre 1985:152)

Esta interdependencia, interacción, o como señalábamos, dimensión comunicativa en la que se disponen los contenidos que dan forma a una cultura, es la base a partir de la cual podemos proponer, junto a Lotman, una teorización semiótica que vincule a las unidades de significación en un espacio de sentido mayor que posibilita diversas formas de diálogo entre ellas.

² Resultan particularmente interesantes los trabajos de M. Bajtin referidos a explicar la estructura dialógica de los textos que es posible identificar dentro de otros textos. En tal sentido su proposición del intertexto en literatura ha resultado una gran contribución en el campo de las semióticas pragmáticas en general. Cf. *Estética de la Creación Verbal*, México, Siglo XXI, 1982.

Delimitada esta perspectiva, la trama de la cultura “se construye como un sistema concéntrico, en cuyo centro se disponen las estructuras más evidentes y coherentes (las más estructurales, por decirlo de algún modo). Más cerca de la periferia, se sitúan formaciones de estructuralidad no evidente o no demostrada, pero que, al estar incluidas en situaciones sígnico-comunicativas generales, *funcionan como estructuras*. En la cultura humana tales “paraestructuras” (*kvazistrukturny*) ocupan, evidentemente, un lugar bastante importante.” (Segre 1985: 152)

La explicación sobre la forma en que se construye el sistema de la cultura, realizada por Lotman y su colaborador más cercano, Uspenski, da cuenta en toda su extensión de nuestro proyecto semiótico para la comprensión de dicho sistema. Este contiene en su centro, las “estructuras más evidentes y coherentes”, es decir, las unidades discursivas en tanto que materialidad lingüística, entendidas como componente básico para su estructuración. Por otro lado, más “cerca de la periferia” se encuentran “formaciones de estructuralidad no evidente” que en nuestra formulación semiótica corresponden a todas aquellas variables translingüísticas que dan vida a los contextos de enunciación. Estas “paraestructuras”, en el metalenguaje de Lotman y Uspenski, cumplen la función de “validar” los contenidos estructurales y denotados, asignando el espesor simbólico necesario que guía a las comunidades interpretativas.

Nuestra formulación “semiótica de la cultura”, pretende entonces, conocer este sistema concéntrico, describiendo su centro y periferia, (correspondientes al eje *estructural/contexto* que ya hemos explicado), para posteriormente comprender las correspondencias y nexos que se establecen entre los componentes del sistema.

A partir de la delimitación de las diversas formas de ensamblaje entre paraestructuras y estructuras de un sistema cultural, podemos dar cuenta de una “visión de mundo”, de una asignación de sentido, a través de un discurso sobre el mundo que, antes de ser nombrado, descrito e interpretado, no es más que caos. Este discurso sobre el mundo adquiere su real dimensión en el proceso comunicativo o “dialógico”, tal como lo explicábamos gracias al aporte de M. Bajtin. Por tanto, dicho discurso, en su dimensión comunicativa, se realiza dentro de una colectividad, haciendo de la cultura un mecanismo o *ustroistvo* mediante el cual podemos organizar las diferentes dimensiones desorganizadas de la vida, haciendo del caos propio del “continuum de la existencia”, la materia prima que, incesantemente estamos modelando y sometiendo a contenidos reguladores y normativos. “Se puede afirmar, por tanto, que la cultura es el ámbito de la organización (información) dentro de la sociedad humana, frente a la desorganización (entropía).” (Segre 1985: 154) En el mecanismo o *ustroistvo* regulador de la cultura, sin duda, el lenguaje natural ocupa un lugar central, pues, a través de él se provee de estructuralidad a todo el sistema cultural, mediante su función de dar nombre y organizar la realidad dentro de un marco social y contextual determinado.

La “semiótica de la cultura” que aquí proponemos, suscribiendo los postulados de Lotman, entiende, de esta manera, el lenguaje natural como eje o *pivot* central de

las diversas dinámicas culturales, funcionando desde su materialidad lingüística en un proceso de circulación que recorre todos los aspectos de la interlocución y las variables translingüísticas, generando una retroalimentación permanente que enriquece la dimensión connotada del propio lenguaje natural.

De este modo, la cultura, a través del lenguaje, organiza la existencia humana, como un sistema de signos cuya función prioritaria es producir orden sobre un fondo entrópico, delimitando al mismo tiempo el eje *cosmos/caos* para moverse entre sus componentes en términos creativos (el *cosmos* representado por la cultura se alimenta del *caos*, para entregar movimiento a un proceso cambiante y que por tanto se modifica de manera continua). Pero el lenguaje, proveedor de estructuralidad a los sistemas concéntricos de las distintas “visiones de mundo” (*culturas*), se desarrolla en ámbitos específicos, que nosotros hemos llamado contexto y que Lotman define como “atmósfera”, “socio-esfera” o “semiosfera”.

Para este semiólogo ruso, “la socio-esfera” o “semiosfera” producida por la cultura “al igual que la “biosfera”, hace posible la vida, no orgánica, obviamente, sino de relación.” (Lotman, Uspenski 1979: 70) Al definir el ámbito en el que los agentes interpretativos producen lenguaje natural, Lotman nuevamente pone el énfasis en las relaciones que se establecen entre esos agentes y las variables propias de la producción discursiva aportadas por la situación en que se gestan los discursos-enunciados. El vigoroso manantial de estructuralidad producido por el lenguaje se vincula así con un ámbito situado más acá de lo orgánico o del mundo natural, para existir y evolucionar.

La “semiosfera” de Lotman “hace posible la vida cultural”, en relación a las capacidades que requieren las comunidades interpretativas, para interactuar y significar. Se trata de la existencia de un saber mutuo compuesta por información contextual entendida como la materia prima básica y fundamental para la interpretación de los enunciados y la creación de los mismos. Este saber mutuo se conecta también con la memoria común del destinador y el destinatario, memoria que permite la recreación de contenidos, pero también la producción de discursividad para proyectar el futuro de las sociedades. La “semiosfera” se convierte así, en una atmósfera alusiva y referencial que permite establecer un conjunto de órdenes, como ya señalamos en torno al eje *cosmos/caos*, que permiten diferenciar, a partir de los grupos de base formadores de una cultura, lo *íntimo/extraño*, y lo *próximo/lejano* entre otras muchas distinciones propias de una visión de mundo o *weltanschauung* particular. La atmósfera cultural creada por la “semiosfera” contiene el conjunto total de los indicios semióticos que caracterizan a una sociedad. La forma en que se articula este conjunto de indicios con el lenguaje natural que sirve como soporte fundamental de creación y nominación, permite hablar de una cultura medieval, renacentista, moderna, etc. De este modo, el contexto atmosférico de naturaleza semiótica, contenido en otro mayor, la biosfera que da forma al mundo natural, se hace indispensable para la generación de nuevos sentidos dentro de un proceso en permanente cambio.

El concepto general de “semiosfera” propuesto por Lotman puede ser sintetizado, señalando que se trata de “aquel espacio semiótico fuera del cual no es posible la existencia de la semiosis.” (Lozano 2002) En otras palabras, se trata de una concepción extensa de la cultura, cuyos límites son la producción misma de sentido, más allá de la cual, sólo existe un fondo o espacio sin personalidad o configuración semiótica, que en la dinámica evolutiva de toda cultura será nominado en algún instante. La existencia del ser humano no puede entenderse, desde esta perspectiva, sino es dentro de este espacio de lenguajes, signos y símbolos que otorgan un perfil específico a la personalidad humana. Este perfil es sometido a un vertiginoso proceso de cambios, a través de una reorganización continua de los códigos producidos. Esa reorganización continua es la que permite mantener el orden de las comunidades, introduciendo nuevas reglas para mantener en tensión el eje *ordenado/no ordenado* que reenvía finalmente a *cultura/naturaleza*. La estructura jerárquica de la cultura se desarrolla entonces, mediante la combinación armónica de diversos sistemas semióticos que, sin embargo, poseen un cierto grado de flexibilidad para soportar de manera no sistematizada, contenidos con un alto grado de entropía o desorden. Esta permeabilidad, como ya hemos dicho, permite la convivencia entre los contenidos normados de una cultura, con otros que resultan exógenos, provenientes de otros sistemas semióticos con otras visiones de mundo. En términos “diacrónicos” estamos frente a una construcción no finita e incompleta, condiciones fundamentales para su funcionamiento.

De este modo, la cultura entendida como “semiosfera” o estructura semiótica extensa es capaz de incorporar y codificar materialidades signíicas inconexas, trazos culturales exógenos y con sentidos diversos y toda suerte de residuos translingüísticos pertenecientes a esa zona que hemos denominado *caos*. Según Lotman, esta cualidad de las culturas respecto a la coexistencia e incorporación de variables caóticas tiene que ver con dos capacidades esenciales.

En primer término, toda cultura debe poseer “una alta capacidad modelizadora, es decir, debe describir el mayor círculo posible de objetos, incluido el mayor número de objetos todavía desconocidos” (Lotman, Uspenski 1979: 84)

En segundo lugar, la sistematicidad en la producción de códigos “ha de ser concebida por la colectividad que los utiliza como instrumento para atribuir un sistema a aquello que es amorfo.” (Lotman, Uspenski 1979: 84)

Estas dos capacidades aseguran en definitiva, la constante actividad estructurante de los sistemas culturales. Actividad que, como hemos podido constatar, se proyecta sobre dos ámbitos distintos. Uno es el del propio sistema de la cultura que, desde su centro, funda y delimita los objetos a describir, valorizar y normar, estableciendo entre ellos relaciones más o menos invariables. El otro ámbito tiene que ver con el de los elementos extrasistémicos, que pueden reconocerse en primera instancia como inestables, irregulares e inconexos provenientes de la zona del caos. Frente a esta zona o ámbito, la actividad estructurante de la cultura reacciona de dos formas. Una opción

es que incorpore, como ya hemos señalado, elementos extrasistémicos, aplicándoles sus capacidades modelizadoras y sistematizadoras. Otra alternativa, aunque puramente teórica, consiste en la expulsión o rechazo de los elementos extrasistémicos más allá de los límites establecidos por la propia “semiosfera”. Sin embargo, es necesario advertir que esta acción de rechazo nunca es tan pura o de distinción absoluta. No debemos olvidar que los componentes del eje articulador de toda cultura; *sistema/extrasistema* correspondiente y equivalente al eje *cosmos/caos*, son complementarios y están en una permanente coexistencia. Por tal motivo y en directa relación con la vocación evolutiva de todo sistema cultural, “el material extrasistémico puede convertirse en estructural en la etapa siguiente de un proceso dinámico.” (Lotman, Uspenski 1979: 97) Con esta afirmación, podemos decir que dentro de la dinámica real de la cultura, el rechazo total de los elementos provenientes de la zona caótica, es imposible. Siempre, en todo momento, el proceso codificador de la cultura, funciona de manera flexible, permitiendo la incorporación de trazos de sentido distintos y distantes. El funcionamiento rígido de los mecanismos de codificación del sentido haría peligrar seriamente la vida total del sistema. En otras palabras, la no incorporación de elementos extraños a los producidos desde el seno de una sociedad, llevaría a esa estructura social finalmente a una fase de extinción. Desde esa perspectiva, la estructuralidad de las lenguas naturales aporta un conjunto de reglas que tienden a eliminar las ambivalencias que se presentan en la construcción de la trama general de la cultura. Esta función estructurante, sancionada sincrónicamente, funciona como un verdadero filtro sobre los contenidos caóticos que, en la evolución diacrónica de las dinámicas culturales, se van introduciendo como un aporte de informatividad que de una u otra forma terminará siendo incorporado. En el proceso dinámico de la cultura, los contenidos más caóticos, no propuestos desde la estructura interna de dicho proceso, “son redistribuidos estructuralmente y adquieren, desde su nueva inserción ..., un nuevo sentido unívoco.” (Lotman 1996: 105) Se puede decir, por tanto, que el esfuerzo por aumentar el grado de univocidad dentro del sistema de la cultura, permite reforzar los equilibrios internos en relación a la semiosis producida, como un todo coherente y comprensible para la mayor parte de la comunidad de agentes interpretativos. Por otro lado, la intervención deseada o no deseada de una gran cantidad de información no codificada y, por tanto, caótica, deberá ser interpretada como el indicio que advierte sobre un salto dinámico o cambio importante en los contenidos y relaciones que se establecen para la constitución de una cultura.

Podemos afirmar, en consecuencia, que nuestra proposición de una “semiótica de la cultura”, recoge el trabajo teórico de Lotman, situándonos frente a un sistema complejo que se desarrolla sobre la base de dos actividades fundamentales. Por un lado, produce “bloques de sentido”, mediante los cuales organiza una visión de mundo, y por otra, incorpora trazos semióticos inconclusos y muchas veces incoherentes, a los que hemos denominado caóticos. Como todo sistema semiótico, se desarrolla o evoluciona a través de un espectro estructural que combina sanciones sincrónicas de orden, provistas fundamentalmente por el lenguaje, con materialidades significantes que provienen de

otras atmósferas culturales o que se presentan como residuos ya muy degradados en un proceso diacrónico de larga data. Sobre esta tensión estructural que produce, ordena y reordena permanentemente contenidos, se gesta una trama semiótica irreproducible en su totalidad y complejidad: la cultura.

Reconocidas así, desde una perspectiva semiótica, las condiciones dinámicas de la cultura, podemos afirmar, que este tipo de aproximación analítica y comprensiva se enfrenta, más que a una estructura delimitada y reconocible, a un verdadero campo minado cuya densidad informativa excede toda posibilidad de codificación exhaustiva o completa³. Nuestra proposición de una semiótica para la descripción de la cultura se orienta al estudio de “procesos explosivos de sentido”, utilizando para dicho estudio un “dispositivo analítico estructural” – pragmático cuya flexibilidad y apertura permite comprender de la mejor forma posible, la densidad semántica de la “semiosfera” estudiada.

En consecuencia, la metalectura realizada sobre las investigaciones de Lotman, nos permite formular una “semiótica de la cultura” que avanza más allá de la visión estructuralista o pragmática de la misma, integrando los aportes de estas dos perspectivas epistemológicas y analíticas, para comprender finalmente la dinámica cultural, como un proceso constante de producción de sentido organizador de la vida del hombre en sociedad. Desde nuestra perspectiva semiótica, el Estructuralismo Lingüístico nos entrega un conjunto de categorías analíticas por medio de las cuales podemos describir y explicar la organización del contenido de las lenguas naturales, entendidas como eje central en torno al cual se articula una visión de mundo.

Por otro lado, el Pragmatismo nos permite incorporar variables lingüísticas y translingüísticas entre las que adquieren un rol protagónico, los sujetos que dan forma a una cultura, entendidos como intérpretes y productores de sistemas simbólicos que, en su condición de materialidad finalmente comunicativa, permiten el desarrollo de culturas concretas. Este aporte del Pragmatismo se ve enriquecido por el concepto lotmaniano de “semiósfera”, a través del cual quedan descritos todos los elementos que permiten y a la vez condicionan la generación, tanto de los contenidos que definen una cultura como la adaptación de aquellos provenientes de otras visiones de mundo y que, en mayor o menor medida, se irán incluyendo en la estructura de sentido de una “semiósfera”, estructura cuya redundancia y permanencia en el tiempo ayuda a definirla y distinguirla de otras en un espacio mayor de coexistencia de múltiples cosmovisiones.

³ Consciente de la densidad semántica de los sistemas de significación simbólica sobre los que se articulan los procesos culturales, al igual que Lotman, creemos en la necesidad de establecer categorías de análisis permeables y flexibles que incorporen el pensamiento complejo y la caoticidad inherente a dicho pensamiento. Para una comprensión de esta temática y sus posibles conexiones con el planteamiento de una semiótica de la cultura, véase el texto de E. Morin, *Introducción al Pensamiento Complejo*, Barcelona, Gedisa, 1994.

De este modo, la “semiótica de la cultura” que aquí formalizamos, centra su interés en el *discurso*, entendido como objeto de estudio. A partir de la caracterización conceptual que hemos realizado de esta aproximación analítica, el *discurso* es comprendido en su doble condición de sistema y de proceso.

Entendido como sistema, el *discurso* manifiesta en su propia materialidad, una estructura, dentro de la cual es posible visualizar niveles o dimensiones semánticas que, articuladas en su totalidad permiten que dicha materia semiótica (*discurso*) se exprese.

En su condición de proceso, el *discurso* se nos presenta como una cadena sintagmática que se instala en circuitos comunicativos cuya dinámica está regulada por los sujetos que intercambian *discursos* sobre diversas temáticas propias de su universo cultural.

En consecuencia, una aproximación semiótica a la cultura, como la que definimos en este artículo, intenta comprender el *discurso* como una “realización” de las unidades lingüísticas, tanto en su dimensión estructural o paradigmática como en la dimensión de proceso o sintagmática.

En definitiva, creemos que todo *discurso* es relevante de ser estudiado, tanto por la forma en que organiza contenidos de mayor o menor complejidad (en su condición de sistema o estructura), como por su valor en el intercambio social de sentido, intercambio que implica un encuentro semiótico entre los significados que en definitiva constituyen un sistema social.

De este modo, la “semiótica de la cultura”, aborda una “semiosfera” concreta entendida como construcción de sentido en directa vinculación con las condiciones de producción de dicho sentido. Esta forma de comprender la cultura (construcción de sentido bajo ciertas condiciones productivas), nos conecta finalmente con el Constructivismo como paradigma epistemológico desde el cual comprendemos el conocimiento.

3. El Discurso Epistemológico Constructivista como Clave Comprensiva del Conocimiento Aportado desde La Semiótica de la Cultura

Desde la perspectiva constructivista, el conocimiento tiene que ver con el desarrollo de “universos semánticos” que, lejos de plantearse excluyentes, coexisten y generan discursos explicativos que pueden ser comparados o fusionados como una forma de comprensión mayor de los fenómenos en estudio. La clave de esta forma de entender los procesos cognoscitivos radica en el respeto de las diversas lógicas de observación puestas en juego, ya que cada una de ellas tiene una historia, una “carga genética” y en definitiva, una “estructura biológica” en la que descansa el proceso de conocimiento global.

Dentro de este ámbito epistemológico, entendido como escenario regulador de la comprensión semiótica de las dinámicas culturales, éstas aparecen como creaciones de

contenidos normativos, tal como lo señalábamos en nuestra propuesta, que permiten hacer distinciones tales como pertinente/impertinente o correcto/incorrecto. Los sistemas observadores y en proceso de conocimiento entran en la dinámica de la cultura, precisamente, a través de la re-invenición de los contenidos, relaciones y normas establecidas en una atmósfera cultural.

El redescubrimiento de las estructuras culturales, potencialmente explosivas y altamente cambiantes, desplaza definitivamente el concepto de conocimiento entendido como “la imagen o la representación de un mundo independiente del hombre que hace la experiencia.” (Watzlawick, Krieg 1995: 19)

El giro epistemológico propuesto, pone en el centro de los procesos cognitivos al hombre encarnado y ligado finalmente al mundo natural y cultural, en términos de Lotman, a la “biosfera” y la “semiósfera”. “La reinscripción del sujeto y del observador en el tejido final de los conocimientos, y una nueva interpretación de las leyes de la naturaleza, convergen en la perspectiva de un cambio epistemológico en el pensamiento científico que podemos definir a grandes rasgos, como pasaje de una “ciencia de la necesidad” a una “ciencia del juego”. (Watzlawick, Krieg 1995: 54) Ciencia del juego de las posibilidades o alternativas respecto de lo observado. Giro epistemológico que renuncia a la necesidad de dar con la verdad, para contentarse con la exposición de una pluralidad de “verdades” que coexisten y se retroalimentan.

El paradigma epistemológico constructivista, propuesto desde su propia naturaleza, como el mejor eje que explica el tipo de conocimiento generado sobre la cultura, desde una perspectiva semiótica que contempla la reconstrucción de estructuras narrativas expuestas en el discurso, y el re-conocimiento de los contextos que condicionan dicha producción discursiva, ha sido valorado como la opción óptima para evaluar y dar valor a la generación de conocimiento en todas las áreas del saber. Así, desde la sociología actual, consciente del diagnóstico semiótico sobre la construcción semántica de las sociedades reguladas desde los contenidos aportados por las culturas, se asumen un conjunto de principios provenientes de la física cuántica que establecen que el sujeto que conoce o mide y los instrumentos para conocer o medir son anteriores al objeto estudiado. Ya no se trata de conocer directamente el objeto, sino que el sujeto como corporalidad y conjunto de competencias es parte del proceso de conocer. “El sujeto y el objeto son efectos del orden simbólico: el sujeto está sujetado y el objeto objetivado, por el orden simbólico.” (Ibáñez 1994: 14) La afirmación del sociólogo español, J. Ibáñez, resume el principio básico del Constructivismo. Todo conocimiento está atravesado por el poder simbólico del lenguaje, mediante el cual se liga el observador con lo observado en una construcción cuya validez no puede ser buscada en parámetros externos, sino que descansa en la propia estructura interna de esa construcción. La sociología se alinea, de este modo, con el objetivo de nuestro proyecto semiótico para la comprensión de la cultura, reconociendo en la base de su propia disciplina, al Constructivismo como mejor discurso explicativo del conocimiento de las sociedades humanas. En tal sentido,

se afirma que los sistemas sociales no pueden ser cuantificados ya que no convergen hacia una medida reconocible como válida y definitiva.

El proceso de conocimiento de diversas culturas es reemplazado por el de interpretación de esas culturas, privilegiando en ese proceso el enfoque *émic* según el cual podemos conocer el comportamiento de los agentes que interactúan en una comunidad de una manera específica e intracultural. El enfoque *émic*⁴ es el resultado de una perspectiva finalmente constructivista, que asume el conocimiento desde un punto de vista interior, relativo e integrador. La opción *émic* para el conocimiento de las conductas sociales no hace más que reforzar la opción por una teoría del observador como fuente única de conocimiento entendido como invención o construcción de mundos posibles.

Pero no sólo la sociología ha puesto su énfasis en este paradigma como mejor *explicandum* de los mecanismos de investigación puestos en el juego del conocimiento. También, la biología ha sido una fuente de argumentación importante y primordial para otorgar mayor espesor semántico a la construcción del paradigma constructivista. Desde esta ciencia, los sistemas observadores son, antes que todo, sistemas vivientes “porque sus habilidades cognitivas son alteradas si su biología es alterada.” (Maturana 1997: 14)) Por tanto, con la afirmación de Maturana, los fenómenos sociales y no sociales deben entenderse desde esta premisa. Observación y conocimiento son un fenómeno biológico operado por un observador que, en definitiva, es un ser viviente. Los aportes de la biología vienen a radicalizar la postura general del constructivismo. La re-inscripción del sujeto, adquiere desde esta disciplina una dimensión biológica que no acepta generalizaciones respecto a este sujeto entendido como observador (biológico) que conoce. En él y su *praxis* de vida se fundamenta el valor de toda afirmación y la calidad de toda explicación, entendido como referente definitivo de cualquier proceso cognitivo.

El aporte de la biología a la fundamentación de una “Teoría del Observador” o Constructivismo, implica del mismo modo, un rechazo al racionalismo dominante, también llamado objetivista, por considerarlo como abstracto y desapegado respecto a la realidad de los seres vivientes. Como señala F. Varela, lo central en este paradigma emergente es “la convicción de que las verdaderas unidades de conocimiento son de naturaleza eminentemente concreta, incorporadas, encarnadas, vividas; que el conocimiento se refiere a una situacionalidad” (Varela 1996: 14) Con la afirmación de Varela se refuerza nuestra opción comprensiva de la cultura entendida como un entramado estructural-contextual que es necesario iluminar desde las situaciones de producción discursiva, sin perder de vista que las descripciones estructurales y el diseño

⁴ La noción *émic* fue propuesta por K.L Pike como parte del eje *étic/émic*. En este eje se considera el enfoque *étic* como una forma de conocimiento externo respecto de una cultura determinada, mientras que el enfoque *émic* se refiere a un conocimiento desde el interior de la cultura. Cf. K.L Pike, “Puntos de vista éticos y émicos para la descripción de la conducta”, in Smith, *Comunicación y Cultura I*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1972.

de los contextos, no son más que reproducciones discursivas que, junto a otras, van dando forma al tejido del conocimiento entendido como múltiples construcciones de realidad coexistentes y validadas por las comunidades interpretativas. Así, la biología centra todo proceso de cognición en “los tipos de experiencia que provienen del hecho de tener un cuerpo con varias habilidades sensori-motrices” (Varela 1996: 18) A su vez, “estas habilidades sensori-motrices individuales se alojan ... en un contexto biológico y cultural más amplio.” (Varela 1996: 18) De este modo, la preocupación por las formas de recuperar el mundo desde el ámbito de las ciencias, debe poner su acento, más que en lo conocido o recuperado, en los principios que vinculan el sistema sensorial y motor con un mundo dependiente del que percibe.

A partir de la revisión de los postulados básicos del paradigma epistemológico que da cuenta del Constructivismo y de los aportes que disciplinas de las ciencias físicas y sociales hacen para su fundamentación, podemos señalar que esta teoría sobre el conocimiento representa la base reguladora del conocimiento que podamos lograr desde una comprensión “semiótica de la cultura”, a través de la aplicación de dispositivos analíticos que, en sus contextos originales, se concebían como excluyentes, pero que re-instalados en este nuevo escenario epistemológico, se exponen como flexibles y permeables, poniéndolos al límite de sus capacidades explicativas, en una exposición riesgosa que puede mostrar serias deficiencias y limitaciones.

La opción epistemológica adoptada nos sitúa frente al conocimiento humano, entendido como una gran narración con tramos conexos y coherentes y otros inconexos y faltos de sentido. Ibáñez nos aporta la siguiente reflexión sobre esta opción comprensiva, señalando que “nos aleja de la pretensión de poder emitir el discurso de la Verdad. Esto nos vuelve a situar como ‘simplemente humanos’ y puede dañar la autoestima de quienes desean ser tan absolutos como los Dioses.” (Ibáñez 1994: 27) A través de la reflexión de este investigador, podemos visualizar la redimensionalización del hombre en el mundo, que básicamente actúa como un intérprete de su entorno. El Constructivismo, en tal sentido, se transforma en la alternativa actual al Objetivismo, que consideraba los procesos cognitivos como una vinculación directa entre el hombre y el mundo, sin tomar en cuenta las condiciones propias del observador. Como alternativa a ese Objetivismo, “la epistemología constructivista parte de la premisa de que, exista o no una realidad externa al observador, el significado de ésta es sólo accesible mediante la construcción de dimensiones de interpretación.” (Botella, Feixas 1998: 36)

Finalmente podemos agregar que el edificio epistemológico construido sobre las bases del Constructivismo, representa, sin duda, una concepción semiótica del conocimiento, en la que se ponen en juego dimensiones de interpretación que se relacionan e interactúan en una comunidad de agentes interpretativos. En esa dirección, pensar la cultura desde una postura semiótica, es un intento de comprensión, a través de la construcción y reconstrucción de los sistemas semánticos involucrados en el diseño de las sociedades humanas. Comprensión de los sistemas semánticos que entiende

a los agentes productores de sentido en una relación dialéctica con los entornos de producción dentro de un proceso dinámico mayor que nos informa, a través de otras constelaciones *significas*, de una actividad también “*semiótica*”, que va más allá de las *semiósferas* conocidas y estudiadas.

Bibliografía

- Arnold, M.: “Introducción a Las Epistemologías Sistémico/Constructivistas”. Revista Electrónica Cinta de Moebio, N°2. Diciembre de 1997. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Chile (en línea), (ref. 15 de marzo de 2008). Disponible en Web: <http://rehue.csociales.uchile.cl/publicaciones/moebio/02/frames32.htm>. 2000.
- Botella, L. y Feixas, G.: “Teoría de Los Constructos Personales: Aplicaciones a la Práctica Psicológica”. Alertes, Barcelona, 1998.
- Bajtín, M.: “Estética de La Creación Verbal”. Siglo XXI, México, 1982.
- Broekman, J.: “El Estructuralismo”. Herder, Barcelona, 1979.
- Charaudeau, P. y Maingueneau, D.: “Diccionario de análisis del discurso”. Amorrortu, Buenos Aires, 2005.
- De Saussure, F.: “Curso de Lingüística General”. Losada, Buenos Aires, 1961.
- Descombes, V.: “Lo Mismo y Lo Otro. Cuarenta y Cinco años de Filosofía Francesa (1933-1978)”. Cátedra, Madrid, 1982.
- Giddens, A.: “The Constitution of Society”. University of California Press, Berkeley, 1984.
- González, S.: “Pensamiento Complejo. En torno a Edgar Morin, América Latina y los Procesos Educativos”. Editorial Magisterio, Bogotá, 1997.
- Hernández, M.: “Las Grandes Corrientes del Pensamiento Matemático”. Alianza, Madrid, 1976.
- Ibáñez, J.: “¿Cómo Se Puede No Ser Constructivista Hoy en Día?” Revista de Psicoterapia, N°12. 1992
- Ibáñez, J.: “El Regreso del Sujeto. La Investigación Social de Segundo Orden”. Siglo XXI, Madrid, 1994.
- Jacobson, R.: “Lingüística y Poética”. Cátedra, Madrid, 1975.
- Jensen, K.B.: “La Semiótica Social de La Comunicación de Masas”. Bosch, Barcelona, 1997.
- Lotman, I.M.: “La Semiósfera”. Vol. I, II y III. Cátedra, Madrid, 1996.
- Lotman, I.M. y Uspenski, B.A.: “Sobre el Mecanismo Semiótico de la Cultura”, in I.M. Lotman y Escuela de Tartu, *Semiótica de La Cultura*, Cátedra, Madrid, 1979.

- Lozano, J. "La Semiósfera y la Teoría de La Cultura". (en línea), (ref. 20 de marzo de 2008) Disponible en Web: [http://www.ucm.es/otros/especulo/numero 8/garrido.htm](http://www.ucm.es/otros/especulo/numero%208/garrido.htm). 2002
- Maturana, H.: "La Objetividad, Un Argumento para Obligar". Dolmen, Santiago, 1997.
- Mc Luhan, M.: "Hot and Cool". Signet, N.Y, 1967.
- Morin, E.: "Introducción al Pensamiento Complejo". Gedisa Barcelona, 1994.
- Peirce, Ch.S. (1931-58) *Collected Papers*, Vols. 1-8. Harvard University Press, Cambridge, MA.
- Peirce, Ch.S.: "Writings of Charles Peirce". Vol. 3, Indiana University Press, Bloomington, 1960.
- Reynoso, Carlos.: "Complejidad y Caos. Una Exploración Antropológica". Editorial SB, Buenos Aires, 2006.
- Sebeok, T. y Sebeok, J.U.: "Sherlock Holmes y Charles S. Peirce. El Método de la Investigación". Paidós, Barcelona, 1987.
- Segre, C.: "Principios de Análisis del Texto Literario". Crítica, Barcelona, 1985.
- Smith, J.: "Comunicación y Cultura I". Nueva Visión, Buenos Aires, 1972.
- Varela, F.: "Ética y Acción". Dolmen, Santiago, 1996.
- Watzlawick, P. y Krieg, P. (comps.): "El Ojo del Observador. Contribuciones al Constructivismo". Gedisa, Barcelona, 1995.
- Weber, M.: "Teoría de La Acción Social y Económica". F.C.E., México, 1980.